

# MUÑECAS

CAT.3-Nº14

Sofía estaba mirando a su hermana jugar a las muñecas en el jardín. Ella tenía 14 y hacía tiempo que ya no jugaba con muñecas, en cambio a su hermana de 5 años la encantaba.

Suspiró. En verdad lo echaba de menos, esa gran imaginación de inventarte tantas historias que necesitabas días para terminarlas, vestir a las muñecas pensando que de mayor te vestirías así, o que te harías esos peinados extravagantes que luego necesitaban de una tijera para quitarlos.

Su hermana lo miró y Sofía pudo ver en ello algo que añoraba con toda su alma. Esa luz que iluminaba su mirada y esa pureza de quien todavía no sabe como es el mundo. Esa alegría que todavía no había visto una signina caer por el rostro de una persona importante; o por el suyo propio a causa del dolor provocado por otros.

Pudo ver esos ojos de quien no odia a nadie, de quien mira todo con pureza e inocencia. Esa inocencia que hace reír a los adultos que una vez la tuvieron pero que lo olvidaron. Porque una vez que la pierdes, no puedes recordarla ni por un momento, y tienes ese sentimiento de vacío, de que algo te falta por dentro y sabes que no lo vas a recuperar.

Esa mirada que miraba con dulzura y con un toque de picardía y emoción, inocentes de quien duerme por las noches tranquilamente sin pensar en mil cosas que seguramente no pasarán.

Esos ojos de quien no ha llorado a solas y en silencio por la noche pero no molestar a nadie y se había levantado al día siguiente con esos ojos hinchados. Esos ojos que no habían visto la maldad del mundo ni el dolor que una persona es capaz de provocar. Esa mirada que, aunque tenía pesadillas por las noches, tenía la certeza de que esos monstruos solo estaban en su cabeza.

Esos ojos que nunca habían visto más de lo que necesitaban ver, que nunca se habían mirado al espejo y habían odiado lo que veían. Esos ojos en los que brillaba la culpa de la vida alegre y despreocupada.

Los sus oídos perforados cuidadosamente por dos perlas pequeñas y doradas. Esos oídos que nunca habían escuchado una crítica sobre su cuerpo o su forma de vestir; que nunca habían escuchado una exigencia dolorosa o una acusación injusta de una boca de la que solo necesitaban escuchar una palabra de consuelo.

En ese momento su hermanita lo sonrió con esa boca pequeña y levemente inclinado hacia arriba porque siempre estaba alegre y nunca tenía.

Se fijó en esa sonrisa que nadie había borrado por una injusticia o que se había callado ante la misma. Esa boca que no había tenido que controlar o defender a alguien. La misma que seguía teniendo conversaciones sobre cosas triviales y preocupaciones infantiles con sus peluches. Esa cara de quien no le mordeleaba fuerte para aguentar los lágrimas o para aguentar callado para no pelear o causar problemas.

Miró el vestido que llevaba puesto. Era de color azul y le llegaba por las rodillas con unos tirantes que dejaban ver sus brazos pálidos y suaves.

Vio esas manos que nunca habían temblado por miedo a uno mismo, o por rabia y dolor. Esas manos que nunca habían apretado fuerte un peluche por la noche contra su pecho rogando que llegara el sueño para callar su mente.

Dirigió el mirada a esos brazos que no tenían una sola imperfección. Sofia se aguantó los lágrimas mirando su brazo. Volvió de nuevo a esos brazos de su hermana que no tenían un solo corte, no como los suyos; llenos de cicatrices y marcas que hacían relieve. Unas se veían más y otras menos, pero eso no quitaba que cada vez que los miraba recordara todo lo que había perdido: andar tranquila en manga corta sin preocuparse por los mirados y las preguntas. Poder estar normal mirando su brazo sin recordar y pensar en todo, las veces que se había callado, que había fallado y había sonreído fingiendo que no le ardía el brazo de dolor.

Miró, en sí, a su hermana y sonrió para sí misma, jurándose que jamás dejaría que le arrebatara todo eso que tenía antes de tiempo.

Lo aprovecharía al máximo con ella intentando ser todo lo que necesitara.

- ¡Sofía! Ven a jugar conmigo porfi - Gritó Uabria desde el jardín. Una sonrisa leve se dibujó en el rostro de Sofia.

- ¡Voy peque!

- ¡Bien! Hoy vamos a ser hadas reinas y princesas. - Exclamó mientras colocaba una corona a su hermana mayor.

Anita 17 años.